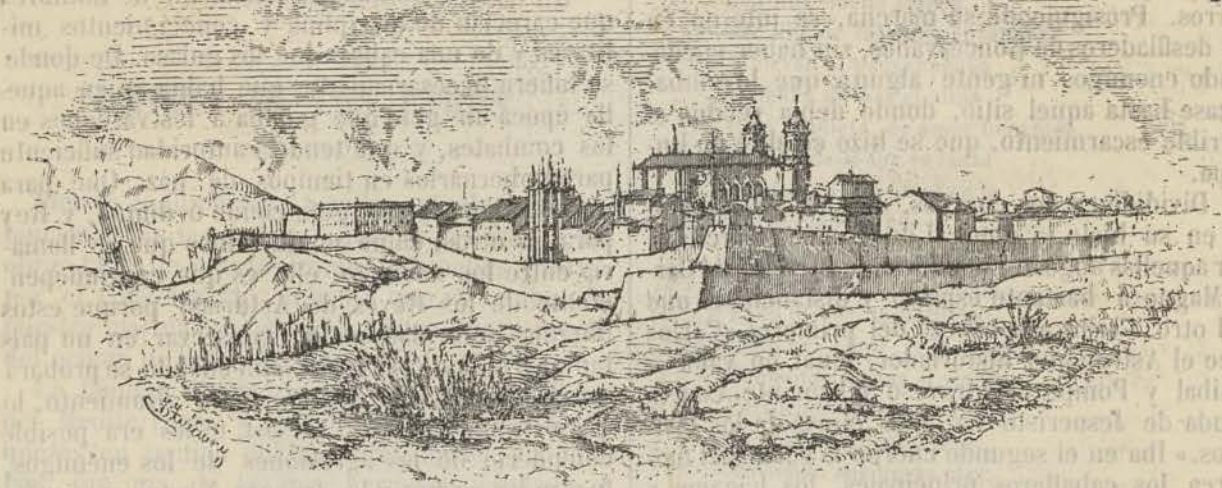


LA JOVEN NAVARRA.



PERIODICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, INDUSTRIA Y COMERCIO.

Número 4.

Jueves 8 de Marzo de 1860.

La Joven Navarra se publicará los días 1, 8, 16 y 23 de cada mes. El precio de suscripción será 4 reales al mes y 12 por trimestre llevado a casa de los Señores suscritores. En provincias 14 reales por trimestre, franco de porte.

Se suscribe en esta capital, en la calle de San Nicolás número 17, imprenta, y en la redacción calle de San Francisco número 14 piso principal. En Provincias en las principales librerías, o remitiendo el importe de la suscripción en letra de fácil cobro ó en sellos de correo a esta redacción, que servirá todo pedido con la mayor exactitud.

LA ROTA DE RONCESVALLES.

Mala la visteis, franceses,
La caza de Roncesvalles.
D. Carlos perdió la honra,
Murieron los doce Pares.
Romance antiguo.

Los versos con que encabezamos este artículo, y que fueron en su tiempo tan vulgares, como lo manifiesta el ilustre Cervantes en su inmortal fábula del Quijote, declaran desde luego el objeto á que se dirige, que es recordar la memorable rota que sufrió en Roncesvalles por la primavera del año 778 el ejército del célebre Carlomagno, emperador de Francia y de Alemania.

Hallábase este año anterior presidiendo la dieta de Paderborn en la Germania, cuando se presentó en ella con lucido acompañamiento el wali moro de Zaragoza Ben Alarabi, para solicitar del mismo Emperador el auxilio de sus armas contra el poderoso emir de Córdoba Abderrahman.

Conociendo el monarca franco que una inva-

sión de esta naturaleza le proporcionaba propicia coyuntura de asegurar la frontera de los Pirineos y aun de ensanchar sus estados con la incorporación de algunas ciudades de España, acogió favorablemente la proposición del moro y se preparó convenientemente para la invasión. Juntando pues un grande ejército que dividió en dos cuerpos, dispuso que uno franqueara los desfiladeros del Pirineo oriental, mientras él á la cabeza del otro penetraba por las gargantas de los bajos Pirineos.

Sin obstáculo ninguno llegó el monarca franco hasta Pamplona, que tampoco le opuso resistencia, á pesar de que se hallaba entonces en poder de los árabes, y prosiguiendo su marcha por las márgenes del Ebro, talando y devastando sus campos, se puso sobre Zaragoza, en la que confiaba ser recibido sin dificultad ninguna, supuestos los ofrecimientos y compromisos de Ben Alarabi. Pero fuese que este se hubiese arrepentido de sus promesas, fuese que los musulmanes llevaron á mal el llamamiento de un príncipe cristiano y de un ejército extranjero, lo cierto es que Carlos tuvo que retirarse de los muros de Zaragoza, donde su posición era arriesga-

da, habiéndose levantado los alcaides y wales de las poblaciones de uno y otro margen del Ebro. Levantó, pues, su campo y regresando por los mismos puntos, entró en Pamplona, é hizo dismantelar sus muros y fortificaciones con el objeto de que no pudiese resistir otras invasiones que ya meditaba para dominar el país de los navarros. Prosiguiendo su marcha, se internó en los desfiladeros de Roncesvalles, sin haber encontrado enemigos ni gente alguna que le embrazase hasta aquel sitio, donde debía recibir el terrible escarmiento, que se hizo célebre en Europa.

Dividido en dos cuerpos, dice el Sr. Lafuente en su historia general de España, marchaba por aquellas angosturas el grande ejército de Carlo-Magno á bastante espacio y distancia el uno del otro. Carlos á la cabeza del primero; «Carlos dice el Astrónomo historiador, igual en valor á Anibal y Pompeyo, atravesó felizmente con la ayuda de Jesucristo las altas cimas de los Pirineos.» Iba en el segundo cuerpo la corte del monarca, los caballeros principales, los bagages y los tesoros recogidos en toda la expedición. Hallóse este sorprendido en medio del valle por los montañeses vascos, que apostados en las laderas y cumbres de Altabiscar y de Ibañeta, parapetados en las breñas y riscos, lanzáronse al grito de guerra, y al resonar del cuerno salvaje sobre las huestes francesas, que sin poderse revolver en la hondonada y embarazándolas su misma muchedumbre, se veían aplastadas bajo los peñascos que de las crestas de los montes rodando con estrépito caían. Los lamentos y alaridos de los moribundos soldados de Carlo-Magno se confundían con la gritería de los guerreros vascos, y retumbando en las rocas y cañadas, aumentaban el horror del sangriento cuadro. Allí quedó el ejército entero, allí todas las riquezas y bagages; allí pereció Egghiard, preposito de la mesa del Rey; allí Anselmo, conde de palacio; allí el famoso Roland, prefecto de la Marca de Bretaña; allí, en fin, se sepultó la flor de la nobleza y de la caballería francesa, sin que Carlos pudiera volver por el honor de sus pendones, ni tomar venganza de tan ruda agresión.

Tal fué la famosa batalla de Roncesvalles, como la refiere el mismo secretario y biógrafo de Carlo-Magno que iba en la expedición, desnuda de las ficciones con que despues le embellecieron y desfiguraron los poetas y romanceros de la edad media de todos los países. Por muchos siglos siguieron enseñando los descendientes de aquellos bravos montañeses la roca que Roldan, desesperado de verse vencido, tajó de medio á medio con su espada, sin que su famosa Durindaina ni se doblase ni se partiera; aun muestran los pastores la huella que dejaron estampadas las herraduras del caballo de aquel paladin; aun se conservan en la Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles, fundada por Sancho el fuerte, grandes sepulcros de piedra, con huesos huma-

nos, astas de lanzas, bocinas, mazas y otros despojos que la tradición supone pertenecientes á aquella gran batalla. Hasta aquí el Sr. Lafuente.

Forzoso es conocer, aunque la historia nada nos dice, que para obtener un triunfo de tanta magnitud no pudieron bastar los esfuerzos mal dirigidos, sin unidad ni concierto, de hombres que carecían de disciplina y conocimientos militares y de una cabeza que los guiase. De donde se infiere necesariamente que habia ya en aquella época un gefe que guiaba á los vascos en los combates, y que tendria autoridad suficiente para gobernarlos en tiempos de paz. Que para unos se llamase este gefe conde ó duque, y Rey para los otros, como no dudamos que se llamaría entre los navarros, ello es que era independiente de los Reyes de Asturias, porque estos ninguna autoridad podían conservar en un país tan apartado de su corte, aun cuando se probara que la tubieran al tiempo de su alzamiento, lo que está muy lejos de ser así, ni les era posible defenderlo de las agresiones de los enemigos, fuesen los árabes ó los francos. Y aquí encuentro yo la prueba más convincente del establecimiento de la monarquía de Navarra desde la invasión agarena. Antes de la derrota de Roncesvalles, las crónicas cristianas y árabes nos refieren ya combates y encuentros de los cristianos del Pirineo con las huestes musulmanas, y nos manifiestan una organización militar permanente para rechazar las acometidas del enemigo. No se concibe cómo se pudiera lograr esto sin que el país estuviese sujeto á una cabeza que cuidase de guiar á un fin común los esfuerzos particulares de los pueblos, ni que esa cabeza fuera menos autorizada que los demás gefes que mandaban por aquellos tiempos en otros territorios propios y extraños. Tenia, pues, este gefe precisamente el mismo carácter de Soberanía y mando que los otros, aunque las circunstancias del país, sus hábitos de independencia y libertad, le hiciesen menos notable a los ojos de la multitud. El aparato exterior, la pompa y magestad del monarca solo podían ostentarse cuando ensanchado el territorio, y adquiridas mayores riquezas, ofreciese el estado político y económico de aquella sociedad medios de atender á estas necesidades secundarias de la soberanía. Antes de pensar en este, era preciso proveer á la defensa común, y á la seguridad de las personas, que eran los objetos primordiales y que exigían todos los esfuerzos de aquella comunidad, combatida por enemigos poderosos y tenaces que no la dejaban un momento de reposo. De aquí procede el silencio de los historiadores contemporáneos ó inmediatos á los primeros tiempos de la monarquía navarra, como son el continuador del Bicharense que escribía en el año 724, Isidoro Pacense que llegó con su cronica hasta el de 754, y el obispo de Salamanca, D. Sebastian, que compuso la suya en tiempo del rey D. Alfonso 1.º de Asturias. Nada tiene de particular que estos escrito-

res no hiciesen mérito de unos Reyes, que no tenían por entonces mas caractéres que el de gefes de la gente armada para la defensa del territorio.

(Se continuará.)

ORIGEN DE LOS FAROS.

Siendo de importancia en las actuales circunstancias todas las noticias que se refieran á las obras tanto de puertos como de muelles y faros, por el considerable aumento que va recibiendo nuestra marina, vamos á hacer una breve reseña del origen de estos últimos.

La famosa Alejandria, bañada por las aguas del Mediterráneo y del rio Nilo, emporio de riquezas en tiempo de los Cartagineses y Romanos, fué una de las mas hermosas ciudades y uno de los mejores y mas seguros puertos del globo. La pequeña isla de Paros, que no estaba entonces unida al continente, le ofrecia uno magnífico, teniendo dos entradas, á donde se veian llegar embarcaciones de todas partes del mundo. Ptolomeo Filadelfo mandó construir en dicha isla una torre tan colosal y portentosa, que era contada entre las maravillas del mundo. Costó ochocientos talentos (diez y seis millones de reales proxímanamente). Esta isla distaba del continente siete estadios (poco mas de un cuarto de légua), tenia un promontorio ó peña contra la cual se estrellaban las olas del mar, y sobre esta roca fué donde Filadelfo fabricó de piedra blanca la torre del Faro, obra atrevida y de magnificencia extraordinaria, compuesta de muchos cuerpos arquitectónicos y pisos de bóvedas. Su altura, segun opinion de historiadores antiguos, era de trescientos codos, esto es, cnatrocientos cincuenta piés castellanos. La dirigió el famoso arquitecto griego Sostrates, quien grabó en una lápida de mármol, sobre la torre, la siguiente inscripcion: SÓSTRATES CUIDIO, HIJO DE DEXIFANES, Á LOS DIOS SALVADORES DE LOS QUE NAVEGAN » Dicha torre, en cuanto á su grandeza, se podia comparar con las pirámides de Egipto: su forma era cuadrada, y cada lado del cuadro media un estádio (poco menos de setecientos ventiocho piés). Desde su parte superior, donde estaba colocada la linterna, se descubrian sobre cien millas, esto es, de treinta y cinco á cuarenta léguas.

Esta célebre torre tomó muy pronto el nombre de la Isla y se le llamó Faro, cuyo nombre ha pasado á las torres que con el mismo objeto se construyen á las entradas de los puertos.

J. M. V.

LOS FANTASMAS DE CARACAS.

I.

Don Pedro.

Era una noche serena,
Era una de esas que ensanchan
Y elevan el pensamiento
Y llenan de paz el alma
Que, inquieta, de amor henchida,
En pos de la luz se lanza
De la luna que en el cielo
Entre blancas nubes vaga.
No se escuchaba un sonido,
Todo era paz, todo calma,
Todo placer, todo dicha,
Todo era amor, todo mágia.
Temiendo quizas el viento
Perturbar delicia tanta,
Se deslizaba adormido
Moviendo sus puras alas.
Tan solo se alzaba débil,
De cuando en cuando pausada,
La voz imponente y sorda
De una severa campana,
Que desde su asiento reñio.
Llevaba la cuenta exacta
De los minutos de vida
Que á los mortales quedaban,
Y en medio á tales encantos
Dos hombres, no, dos fantasmas.
Se deslizaban veloces,
Más que el pensamiento raúdas,
Montadas en negros potros
Cubiertos de espuma blanca,
Buscando seguramente,
Al juzgar por las miradas
Que lanzaban á las puertas,
El número de una casa
De una calle conocida
De la ciudad de Caracas.
Las dos figuras llegaron
Una tras otra calladas
Hasta el final de la calle.
Que, a decir verdad, es larga;
A tiempo que de improviso,
Siguiendo su puntual marcha,
Dos veces sonó en la torre
La despiadada campana.
—Las dos han dado, D Pedro,
Eclamó el uno con calma,
Y el otro fantasma, mudo
Quedose sin decir nada.
—Que son las dos os repito,
Dijo el primero en voz alta.
—Si quieres vivir, tan solo
El número busca y calla,
Y D. Pedro ya impaciente
Dió al escudero la espalda,
Volviendo á emprender de nuevo

La ya terminada marcha
Por la inmensa calle misma
Buscando la misma casa.

(Se continuará.)

Un suscriptor nos remite la siguiente poesía.

Sin esperanza.

Pasó el tiempo en que bebía
Dulce néctar de la paz,
La infancia pasó fugaz
Y con ella mi alegría;
Pasó la edad de ventura,
De delicias, de placer,
Solo queda el padecer
Y del llanto la amargura,
Luz que me sirvió de guía
De repente se eclipsó,
Y, tirana, me dejó
Eterna noche sombría.
¡Amor! amor nació en mí,
Dióme encantos é ilusión,
Y mi incauto corazón
Fué tras él con frenesí.
Inocente mariposa
A su luz presto corrí,
Y por esta luz perdí
La paz y la calma hermosa:
Y el placer que disfrutara,
Y la plena libertad
Que de la infancia en edad
Con alegría palpara;
Y el porvenir sonreído
Que alegre ver yo pudiera:
Cual si nada ya existiera
Lo eché todo en el olvido.
Yo anhelaba solo amar,
Solo recordaba amor,
Y yo pensaba ¡oh dolor!
Mi esperanza en él cifrar,
En alas de mi ilusión
Como imantado vagaba,
Y cayó en red que ignoraba
Mi inexperto corazón.
Encontréme prisionero,
Y á mi loco desvarío
Pareció mi cárcel río
De esperanzas lisonjero;
Y en mi demencia un clamor
Percibía sin cesar
Mandándome siempre amar;
¡Todo me brindaba amor.
Y crédulo en demasía,
Sin saber su falsedad
Todo pensaba verdad,
Y todo verdad creía.

Amor clamaba el arroyo
Que corría serpenteando,
Amor el ave cantando;
Era á mi locura apoyo:
Amor decían las flores
Con su aroma, con su olor;
La tierra clamaba amor
El cielo brindaba amores,

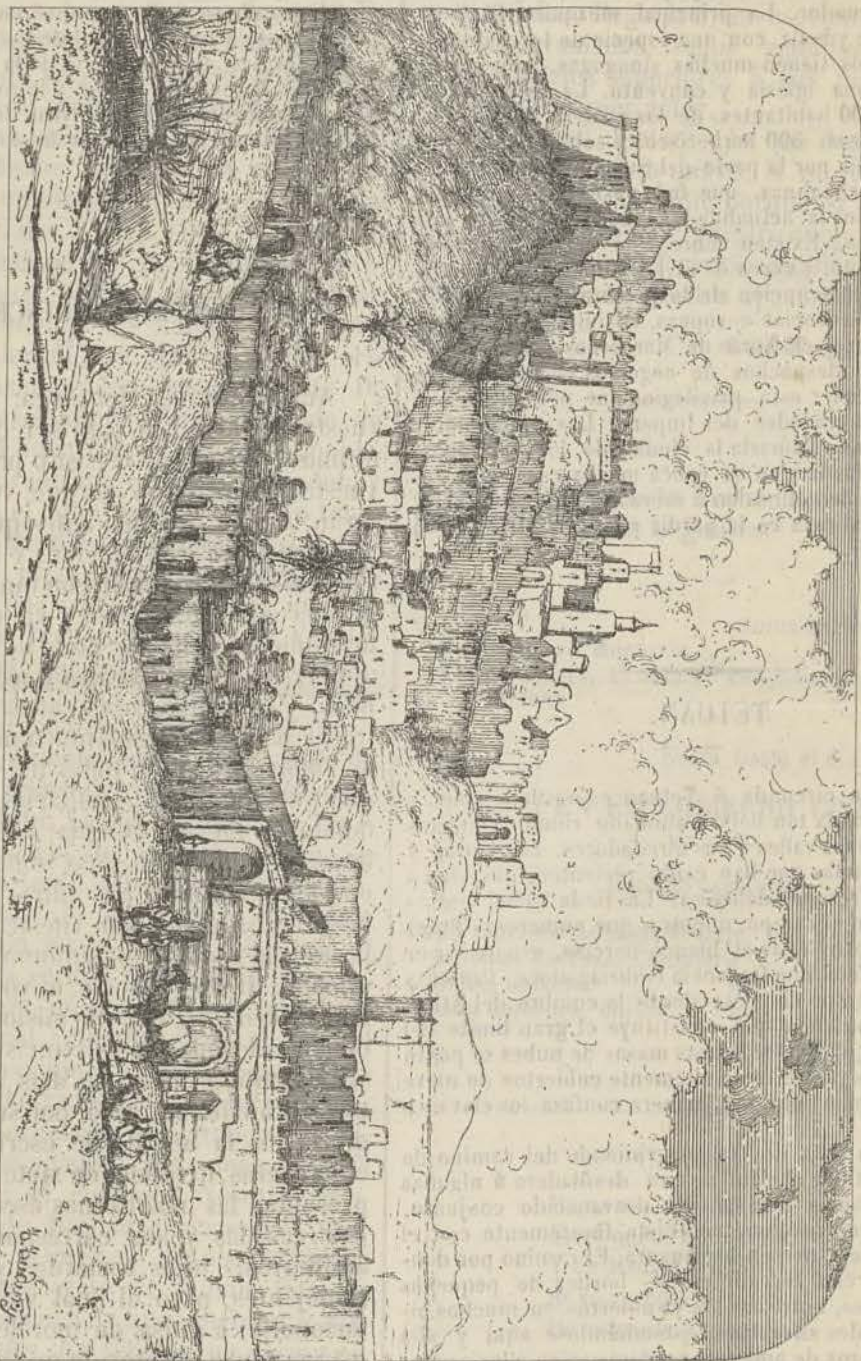
Y aun en la flor de mis años
Mi esperanza la frustraron.
Mi corazón destrozaron
La mentira y los engaños.

Creyó que su mala estrella
Era quien le perseguía,
Y con loca fantasía,
Lleno de ilusión aun bella,
El límpido y puro amor
Que en su regazo albergara,
Postrándose tierno al ara,
Ofreció culto á otra flor.
Y mi esperanza perdida
Empezaba á renacer,
Cuando me hizo al fin creer
Eterna triste mi vida.
Cual si manzana vedada
Uano hubiera anhelado
Para siempre desterrado
Condenóme despiadada.
¡Oh de los hombres locura
Que en amor siempre buscáis
Felicidad y enconrais
Una vida de amargura!
¡Ay amor, amor, amor!
Que engañosos son tus gozes,
Y á qué costa los conoces
Pobre y triste corazón.
Que del pesar oprimido,
Sin poder dejar de amar,
Nada puedes ya esperar
Y la esperanza has perdido.
Huyó la infancia inocente,
Huyó también mi alegría:
Huyó ilusión de mi mente;
Huyó ..., la esperanza mía;
Y solo quedan ¡dolor!
Los restos tristes de amor.

L. M.

TÁNGER.

La vista que damos en este número es tomada desde el mercado del Camello. La porción de Ciudad amurallada sobré la altura, contiene el Alcázar y la residencia del gobernador. El estrecho de Gibraltar y la costa de España se ven en lontananza terminando en el Peñón, distante once léguas. Tánger (Tanjah ó Ciudad entre viñas en lengua berberisca) donde residen los cónsules de Europa, debe su importancia á su posición mas bien



TÁNGER.

que a su comercio o poblacion: en ambos casos es solamente de tercera clase comparada con Rabat. Se construyó sobre una bahía, cerca de una espaciosa colina, y su muelle se halla defendido por tres pequeñas fortalezas. Sus calles son largas y estrechas más que en otras ciudades del Imperio, y las casas, á escepcion de las de los Cónsules Europeos y algunas que pertenecen á gentes ricas, son en general bajas é incómodas. Está cerca de murallas deterioradas, con torres redondas y cuadradas de trecho en trecho y tres sólidas puertas. Domina á la Ciudad El Kasbah, viejo y estenso palacio donde reside el Gobernador. La principal mezquita, El Jama kebir, es grande y bella, con una especie de torre de mosaico. Los judíos tienen muchas sinagogas, y los católicos romanos una iglesia y convento. La poblacion se calcula en 10000 habitantes, de los cuales 2500 son judíos, 1400 negros, 500 berberiscos y sobre 100 cristianos. En la bahía por la parte del Sur entra un pequeño río de aguas cristalinas, que fué navegable en algun tiempo, pero en la actualidad se halla obstruido por bancos de arena. Existen sobre este río los restos de un puente romano, y cerca de él las ruinas de la antigua Tingis (Tánger) corrupcion de la palabra Tanjáh. Gran cantidad de mercancías europeas se importan en esta ciudad para Fez y el Norte de Marruecos. Las principales noticias y despachos de negocios vienen tambien á Tánger, por tener esta privilegios que poseen pocas ó ninguna de las ciudades del Imperio. Los emperadores han acostumbrado llamarla la ciudad de los cristianos. En las cercanías hay en su época mucha caza, y los europeos que residen allí salen á recrearse con éste ejercicio. La principal caza es la perdiz y la liebre y la gran batida del jabali.

TETUAN.

El país que circunda á Tetuan es verdaderamente pintoresco, y nada tan bello y animado como la vegetación que cubre los valles y sus alrededores. Las lomas y continuadas lluvias que han caído recientemente, dan á la tierra una frescura deliciosa. La linda trébal y otras yerbas tapizan el campo, mientras que numerosas flores silvestres, y entre ellas el blanco narciso, esparcen por toda la atmósfera una fragancia embriagadora. Presenta un magnífico golpe de vista desde la cumbre del Atlas, cadena de montañas que constituye el gran límite del desierto hacia el Norte. Densas masas de nubes se posan sobre sus altos picos, frecuentemente cubiertos de nieve y que recuerdan de una manera confusa los elevados Alpes.

La primera vista de Tetuan, viniendo del camino de Tánger, se obtiene al salir de un desfiladero á algunas millas de distancia todavía. Su desvanecido conjunto, de blanca construcción, contrasta fuertemente con el azul del Mediterráneo en lontananza. El camino por donde avanzamos está cercado en sus bordes de pequeñas ramas y árboles, entrelazados y cubiertos en muchos sitios por las vides silvestres, estendiéndose aquí y allá por detras trozos de ajenas praderas, y en ellas grupos de árabes rodeados de sus camellos.

El interior de la ciudad tiene desde lejos la apariencia de una de las mas orientales. Las calles son estrechas y sucias, y el pueblo, que anda en medias, aunque viste con los trages pintorescos del Oriente, no cumple estrictamente con las abluciones recomendadas por su Profeta. Hay grande abundancia de mezquitas, y es sumamente curioso el ver á los indios, sumisos como perros, descalzarse y tirar lejos de sí los zapatos al pasar por la jurisdicción de las plazas santas. Estos están sujetos á las continuas vejaciones de aquellos bárbaros, y á los insultos

que les dirigen sobre sus creencias.

Tetuan es notable por sus jardines, especialmente los del Sultan. He aquí, poco mas ó menos, la descripción que hace un viajero de estos sitios encantadores. —Avanzando sobre un bellissimo paseo, entrelazado con vides y al que sirve de alfombra en toda su estension la mullida yerba, notamos una especie de Kiosco arqueado en la parte mas alta y abierto al aire. En frente, estendido, un espacioso estanque de agua fresca, cristalina, bamboleanse, y reflejando en su fondo los rayos solares. Mas allá del estanque, hasta donde puede alcanzarse con la vista, un delicioso bosque de naranjos, cubiertos de un fruto mas hermoso y lucido que el de los árboles del jardín de las Hespérides. Cada suspiro de la brisa esparce el aroma de las flores, y el jazmín y la rosa y la violeta, matizando los bordes de los arroyos, llenan la atmósfera de algo semejante á una corriente de placer.

REVISTA QUINCENAL.

Amables hijas del Arga: Necesito de toda vuestra indulgencia para ser cronista de las dos últimas semanas, y necesito principalmente de la vuestra, lo primero porque vuestros lindos ojos serán, de fijo, los que antes que otros busquen novedades en esta seccion, y lo segundo porque esa misma ansiedad con que deseais saberlas prueba que no existen y yo no encuentro NADA más difícil que hablar de la MEM.

Cerrado nuestro teatro que, malo, frio, despreciado y con otras cosas, al cabo y al fin nos distraía y daba pábulo á la murmuración, esa diosa de los salones de quien todos hablan mal, pero á la que todos dan culto; solitarios en nuestras casas, donde la nieve y el agua nos han cercado con inquebrantable y helado muro, ¿qué puedo decir de la vida? Las niñas no habéis salido á inspirar mi pluma con vuestras gracias, ni á dar pasto á la crónica ni siquiera con inocentes coqueteos. De las Señoras, ni yo sé nada, ni lo diría aun sabiéndolo; que la misión de poner en evidencia á los maridos victimas corresponde exclusivamente en nuestros dias á los novísimos autores dramáticos, todo por supuesto en honra y gloria de la moral. Se escriben tres, cuatro ó cinco actos, divididos en siete ú ocho cuadros; se presentan las más tiernas escenas entre las jóvenes casadas y sus correspondientes AMATEURS; adulterios, hijos bastardos y otras pequeneces semejantes, pero al final viene en dos líneas su lección, á guisa de moraleja de fábula, y ya está asegurado el autor de que aquello basta á borrar los cuadros de toda la noche. Pero ¿no veis, dice un crítico, que las jóvenes faltas de mundo y de experiencia llegarán á creer, vista la frecuencia de esas escenas, que la infidelidad conyugal es un suceso comun, inherente casi al matrimonio en nuestra sociedad? Algo hay de eso, responde el autor, y es para cortar el mal por lo que le ponemos de manifiesto. Confesamos que ni nos parece acertado ese modo de predicar

moral, ni hemos hallado en nuestra vida mugeres dispuestas á adorar al primer pelagatos que se presente. Es de advertir, por si lo ignoráis, que no defiendo causa propia, pues por ahora no pertenezco al paciente gremio.

El último de nuestros bailes, dado el mártir de carnaval, estuvo..... ni sé siquiera cómo estuvo. Había mugeres con sus maridos y maridos sin sus mugeres; ignoro si habria alguna bella que hubiera dejado á Morfeo por compañero de su esposo. Gente de variados gustos; solteras y doncellas, en toda la inocente estension de esta palabra. Pero ni un chiste agudo, ni una intriga de gusto, ni una broma graciosa. Es verdad que estuvimos solos, enteramente solos los desgraciados de ambos sexos.

En Madrid ha babido dos importantes acontecimientos dramáticos, uno de los cuales ha sucedido simultáneamente en Zaragoza; la primera representacion de un drama sacro, original del concienzudo y eminente literato D. Juan Eugenio Harcembuch, con el título de El mal apostol y el buen ladrón; en ambas poblaciones ha sido extraordinariamente aplaudido y en Madrid llamado el autor á la escena. No tenemos aun bastantes detalles, ni hemos visto el drama, para poderlo juzgar literariamente. De la ejecucion sabemos por cartas de Madrid, que fué buena por parte de Teodora Lamadrid y Valero, y regular los demas. En Zaragoza se han distinguido Delgado, Ortiz y las señoras García, provisionalmente encargada de un papel, y Ortiz.

El otro acontecimiento teatral es la salida de Matilde Díez en el teatro del Principe de Madrid, con el drama de Rubí, Isabel la Católica. Tenemos á la vista una carta de la corte en que se nos refiere con bastante estension este suceso, no tan glorioso como lo fué para la eminente actriz su reaparicion en la escena del Circo, el año anterior. Y á la verdad era natural que sucediera así; nosotros, que conocemos hace muchos años el personal actuante en el teatro del Principe, nos sorprendimos de que la Sra. Díez se expusiera á ver malogrados sus esfuerzos, deslucido su gémio, esterilizadas sus grandes facultades por la incapacidad de sus colegas, por la falta de armonia en el conjunto. Nosotros creimos que la vuelta de Matilde alcanzaria á unir nuestros dispersos actores, y no esperábamos ciertamente verla separarse de Julian Romea, orgullo de nuestra escena, y que, merced á sus excesivas pretensiones, ha tenido que cerrar su teatro. Insistimos en esta materia porque el mal es de trascendencia, porque la escena y la literatura se resienten de él y porque, nacido en Madrid y entre los grandes actores, ha cundido lastimosamente y apenas hay uno que pise las tablas, si una vez ha sido aplaudido, que al año siguiente no quiera ser ya primer actor. Pamplona acaba de tener una compañía con muy apreciables artistas que, sin embargo, por no limitarse cada cual á su carácter respectivo, por

salirse casi siempre de tono, engreídos con elogios desmesurados, han abandonado el estudio, desoyendo los consejos de amigos sinceros. Y sus esfuerzos parciales se estrellaban ante la fria indiferencia del público, que no quiere ver en la escena una ó dos individualidades, sino un cuadro armónico y regular. Por eso el Sr. Mata, que es un buen galán joven, que, con estudio y buenos modelos, llegaria á ser excelente, ha tenido dias desgraciados, todos aquellos en que ha hecho papeles superiores á sus facultades, que no son de primer actor.

Ya sabeis, lectoras, lo que desde mi última revista ha sucedido nuevo; si no lo hallais interesante, compadecedme porque, si á mis sinsabores habituales, se une vuestro enojo, vuestra critica, ó vuestra indiferencia siquiera, no podrá consolarse nunca vuestro apasionado

Luis Maria Lasala

Suscripcion en esta Redaccion, á beneficio de los inutilizados en la guerra.

	Suma anterior.	280
D. Francisco Munarritz,		10
D. Luis Iñarra, Alcalde 1.º constitucional de Pamplona		640
	Suma hasta el dia.	950

EN EL GOBIERNO CIVIL.

Consejo provincial.

Don Francisco de Borja Vidarte, Vice presidente.	200
Antonio Corroza, Consejero	200
Rafael Gaztelu, id.	200
Juan Lapiedra, oficial. id.	160

(Se continuará.)

CHARADA.

De un río se téntrional
Es el nombre mi primera
Y en Madrid tambien cualquiera
Se lo apropia bien ó mal.
De segunda y terciat tal,
Si se irrita, suele ser
El gigantesco poder,
Que de enfrenarlo no hay modo;
Y un sinónimo es mi todo
Del garbo ó buen parecer.

SOLUCION DE LA CHARADA ANTERIOR.

Ademas del Sr. D. Carlos Sagardia, alumno del primer año de teologia, que nos ha remitido la solucion de la charada, hemos recibido las dos adjuntas, una debida á una suscritora y otra al Sr. D. José Garralda.

De perspicaz no me alabo
y soy algo más que nada;
mas describí tu charada
siendo el todo, »Escandinavo«

Una suscritora...
M.^a C. S.

Para acertar tu charada
repasé el norte de Europa;
y ESCANDINAVOS á miles
se presentaron en tropa
gritando: somos el tono
de esa charada ingeniosa.

Me repuse, y encontré
que no es una quisicosa
decir que es, es un verbo,
y el can de casta rabiosa
el nombre de un animal
que en Tartaria es otra cosa,

El DI, es imperativo
porque mandas á mi boca.
DINA será la muger
de la Biblia, que mencionas;
aunque yo no la recuerde,
pues mi instruccion es bien poca
y con mis catorce Abriles
mi ignorancia no es dudosa,
y más en esas materias
de mugeres portentosas.

Mas pasando por Galicia
entre raices carnosas
de esta tierra están los NABOS
formando masas grandiosas,
y en tu cuarta y quinta encuentro
que las dos los nabos forman.

No dudó que he acertado
ta Charada, aunque en la forma
haya sido poco diestro;
Recíbelas y punto en boca.

José Garralda.

MOSAICO.

Hemos recibido una parodia en verso y una fábula firmadas ambas con un pseudónimo. Nos es imposible insertarlas, lo primero porque carecen de firma conocida, y despues porque de ningún modo queremos dar pasto á cuestiones ni resentimientos puramente personales. La Redaccion no ha tratado de ofender á nadie; si individualmente ha podido haber ofensas, nosotros no las conocemos y de cada artículo responde la firma respectiva.

Será curioso. Sabemos que el jóven navarro D. José Barnechea, que sigue la campaña de Africa en el regimiento de la Princesa, ha remitido al Ayuntamiento de esta Ciudad un documento cogido en la accion del 4 de Febrero en una de las tiendas del campamento enemigo.

CUENTO. Una mañana de invierno—Juan reposaba en la cama,—cuando se acercó su ama—ó criada de gobierno,—diciéndole ¡qué accidente—tan funesto mi Señor! —ha fallecido ¡oh dolor! —la Señora de repente.—El viudo dijo al instante,—dando vuelta al otro lado,—voy á estar desconsolado.—Pepa, cuando me levante.

NO SE DUERMEN. Las obras de nuestro ferro-carril, apesar del temporal con que ha habido que luchar, marchan con rapidez hacia su término. Con referencia á la tercera seccion, podemos decir que la máquina recorre hasta la venta de las Campanas, ó sean unos veintin kilómetros, y de aquella en adelante, concluida ya la esplanacion, se sigue sentando via, teniendo la esperanza de que para mediados del próximo mes sea recorrida hasta Tafalla.

La gran cantidad de material que la empalizada de la estacion encierra en su perimetro y que muchos de nuestros lectores habrán tenido ocasion de ver, comprueba nuestro pronóstico, contándose entre él una hermosa máquina recién traída, que en union con la que ya teníamos, contribuirán á dar impulso á las obras hasta su terminacion.

Por todo lo no firmado,
El Secretario de la redaccion
Eduardo Ilarregui

ANUNCIOS.

COCHE PARA AOIZ.

De la Administracion de la Tafallesa saldrá desde el dia 8 del corriente en adelante, un coche de ocho asientos, para la citada villa de Aoiz.

Pedro San Plancat, Lampista, hace presente al público que fabrica y compone toda clase de Quinqués, Lámparas, Arañas y Quinqués de cárcel ó de reloj, cualquiera que sea la dificultad, advirtiéndole que no reclama su importe hasta que vean las pruebas de los objetos; los que devuelve lo mismo que cuando salieron de la fábrica.

Los señores que usan quinqués no deben extrañarse de que estos se trastornen, porque la causa principal es, que son fabricados para aceites estrangeros; mas el Sr. San Plancat los arregla para el aceite del pais, quitándoles el tufo y humo.

Tambien el mismo tiene un ingrediente en caja, para limpiar toda clase de metales, plata y oro.

El mismo ha trabajado en todas las Capitales de Francia y España, en donde el público ha quedado satisfecho de su trabajo.

Vive en la Calle de San Anton núm. 50.

Editor responsable, D. SISTO DIAZ DE ESPADA.

Pamplona, 1860.—Imp. de Huarte á cargo de Espada.
San Nicolás 17.